



El Grande de las Ciencias Naturales: Fr. Alberto Magno, O.P.¹

Al lado de papas, emperadores y reyes, Alberto de Lauingen [1193-1280] es el único científico y filósofo al que la posterioridad ha dado el sobrenombre de “Magno”, el Grande. Ya los sabios del siglo XIII hablaban de él llamándole “Albertus Magnus”. Los habitantes de Colonia llaman todavía hoy a su gran santo “Sint Mang”: el título honorífico se ha convertido en nombre propio. [...]

¿Por qué ha merecido Alberto ese calificativo? Ciertamente que fue un fraile diligente y virtuoso. A lo largo de su vida desempeñó importantes misiones eclesiástico-políticas y hasta mundanas, logrando casi siempre establecer la reconciliación y la paz. Sin embargo, su importancia decisiva está en el alcance espiritual de su obra. Reelaboró toda la herencia intelectual de su tiempo y de su ámbito cultural, es decir, de Europa y de los países mediterráneos, haciéndola accesible a sus coetáneos y sucesores. Fue el primer sabio cristiano que acometió la empresa inaudita de estudiar y comentar todos los escritos de Aristóteles conocidos hasta entonces. [...]

Alberto sintió desde siempre una gran curiosidad por las ciencias de la naturaleza y se interesó por todos y cada uno de sus campos. [...] Lo que antes yacía disperso en diferentes escritos aristotélicos y pseudo-aristotélicos, en poemas didácticos, en obras naturalistas, en relatos de viajes, etc., todo ello lo reunió Alberto Magno (apropiándose asimismo de los conocimientos científico-naturalistas de los árabes) en sus numerosas monografías de filosofía natural. En tal sentido, los correlativos escritos de Alberto son fuentes importantes para la investigación de la historia de las correspondientes disciplinas: mineralogía, geografía, botánica, zoología, farmacia, fisiología y medicina. También aquí, con una actitud de adelantado en la recopilación enciclopédica, bien podría Alberto haber marcado de un modo esencial la evolución ulterior de esas ciencias hasta los siglos más recientes. [...]

Su prestigio como científico y guía espiritual era tan grande que le enviaban a los mejores jóvenes religiosos de la Orden para su formación. Tomás de Aquino, el discípulo más grande de Alberto, estudió con él durante ese tiempo. [...]

No habría que olvidar, sin embargo, que Alberto fue ante todo un fraile y un teólogo; sus escritos teológicos constituyen más de la mitad de su “Opera omnia”. [...]

Alberto acometió la empresa de estudiar escrito por escrito todo el sistema del saber greco-arábigo, que se consideraba como la obra tradicional de Aristóteles, “el Filósofo”. Su gran modelo, fue, al parecer, “el Comentarista”, Averroes, que había llevado a cabo algo parecido para el mundo islámico. Y fueron precisamente los escritos de la obra aristotélica transmitida tachados de “peligrosos” los que Alberto estudió con gran sentido crítico y parafraseó con increíble acopio de conocimientos. [...]

Con ese propósito, que cumplió incansablemente hasta edad avanzada, abrió Alberto al occidente cristiano el mundo, hasta entonces casi desconocido, de la ciencia de finales de la antigüedad, de la ciencia arábiga y judía, que en buena parte se había desarrollado comentando la inmensa obra del gran filósofo griego y en la trasmisión de sus investigaciones e ideas. En qué medida esa labor de transmisión ha marcado el curso de nuestra historia intelectual, es algo que hasta ahora apenas se ha valorado. [...]

Con su decisión a favor de la conciliación posible de “la filosofía peripatética” [de Aristóteles] con las verdades de la fe cristiana fundó Alberto la corriente filosófica del “aristotelismo cristiano”, que iba a prevalecer a lo largo de la edad media. [...] Tomás de Aquino (1125-1274), puso a esa corriente el sello decisivo, y gracias a él siguió influyendo hasta los tiempos modernos. [...] No se puede discutir aquí en modo alguno que Alberto, incluso en cuestiones de ética y de política, alcanzó unos puntos de vista, que probablemente hasta han tenido influencia en el curso posterior de la historia del espíritu. [...]

Las explicaciones naturalistas de Alberto tienen siempre un fundamento metafísico: a saber, la doctrina de Dios como la primera “Causa que todo lo produce”, que “obrando de un modo universal” confiere a todas las criaturas su ser y su definición. [...] Cuanto más se releen los escritos de Alberto más evidente resulta la unidad de sus ideas, fundamentadas en la metafísica. [...]

El razonamiento de Alberto de que las proposiciones problemáticas de la fe pueden defenderse con

argumentos y en el sentido de la filosofía aristotélica, y que incluso son más racionales que las hipótesis contrarias, suscitó una decisión fundamental previa acerca del problema de las relaciones entre saber y fe. En el fondo ya está claro, según la decisión que toma aquí Alberto: las verdades de fe van más allá que los conocimientos de las ciencias, más que la capacidad natural de deducción; pero son racionales, y en principio pueden no estar en contradicción con un saber bien fundado. [...] La capacidad de la ciencia es esencialmente limitada a la manera descrita, pero el mundo está lleno de esas huellas para sacar conclusiones limitadas acerca de lo divino. [...] Creador y creación han de entenderse conjuntamente si se quieren entender la verdadera naturaleza de las cosas y su orden.